

Severino Salazar: el mundo sí es un lugar extraño

José Francisco Conde Ortega

“CREO QUE SÍ DEBEMOS SER COMO ESOS cerdos de la grey de Epicuro”, me dijo una tarde, en una cantina de Azcapotzalco, Severino Salazar. Ese año había sido para él particularmente aciago. La muerte de una de sus hermanas en un accidente de carretera, el deceso de uno de sus mejores amigos –Jorge López Medel– y la inexplicable elección de un vecino, que decidió suicidarse en la sala de su departamento, obligaron al narrador zacatecano a reforzar una actitud ante la vida. La muerte de dos seres queridos en un lapso desoladoramente corto y la asombrosa decisión, de alguien a quien apenas conocía, de quitarse la vida en su espacio asumido como una oportunidad para la celebración de la existencia fueron, de muchas maneras, un conflicto y un espejo.

Me dijo –y lo recuerdo con extrema claridad a pesar del tiempo transcurrido– que algo había aprendido muy bien: que había que vivir cada día como si fuera el último, pues nadie sabe si al siguiente nos puede llevar la chingada. Luego nos reímos de esa extraña sabiduría que, a fuerza de confrontarse con la vida, nos pareció una obviedad. Tanta literatura, tantas citas de autores, tantas referencias a los tópicos eternos de la historia del arte no preparan a nadie para enfrentar el inapelable misterio de la muerte. Sí, en ese momento cobraban sentido las líneas más angustiosas sobre la ardorosa voluntad de vivir sin pensar que el final llega siempre; que todas las horas hieren y la última mata.

Ese conflicto necesario de ver tan cerca a la muerte y ese espejo lejano que permite entrever la propia imagen atrás de las sombras de otros han sido los disparaderos de la historia del arte. Y Severino Salazar es uno de los narradores mexicanos más importantes de la segunda mitad del siglo xx. Dotado de una extraña capacidad de observación, escribió algunas

de las páginas más inquietantes de la narrativa mexicana del fin de la vigésima centuria. Sin manifiestos graciosamente estériles, sin la necesidad de seguir modas sujetas a la mercadotecnia, sin pertenecer a grupos de elogios mutuos y relaciones públicas fue construyendo una obra narrativa de congruencia vital y honestidad intelectual.

Los atributos de Severino Salazar como escritor fueron los indispensables: una vocación siempre puesta a prueba; una cultura literaria sólida y vasta, a partir de los clásicos griegos y latinos hasta las muestras más recientes, con morosas visitas a momentos decisivos de la historia literaria –Joyce, Proust, Faulkner...–; una curiosidad intelectual reflejada en un gusto exquisito para reconocer pintores, músicos y cineastas en festivas relaciones anecdóticas e invariablemente plenas de humor, y un notable sentido autocrítico, virtud en estos tiempos tan escasa. Fue un infatigable lector de poesía y conocedor de cine mexicano, sobre todo de las películas que no pertenecen al canon de lo “artístico”. Lo primero le permitió hacerse de un inventario léxico rico y sugerente, amén de un ritmo en su prosa capaz de eliminar estridencias y defectos muchas veces provocados por el descuido. Lo segundo lo preparó para las asechanzas de la “pose”, tan común en los escritores. Él supo que se es escritor ante la hoja en blanco. Fuera de ese espacio restringido se es alguien que debe vivir con todos los sentidos dispuestos valerosamente al riguroso misterio de lo cotidiano.

Así fue Severino Salazar. Un escritor que hizo de la coherencia una forma de ser. Por eso su marco referencial es Zacatecas y todo lo que está alrededor de la antigua Nueva Galicia: geografía, lenguaje, tipos humanos, leyendas, juegos infantiles... Es decir, no una escenografía sino un asidero

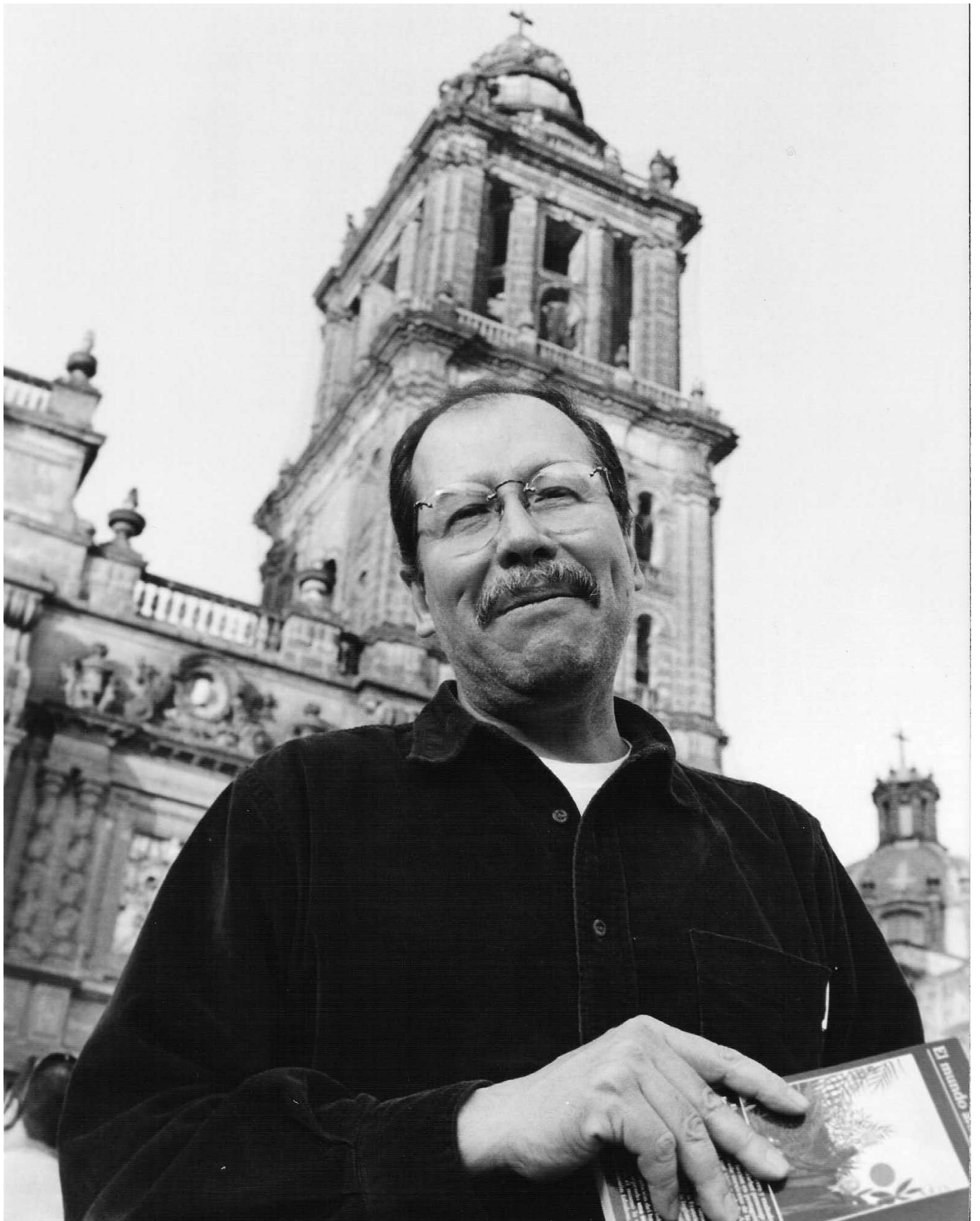


FOTO: ANTONIO MARQUET

mental, una arquitectura conceptual y anímica desde donde podía mirar al mundo y la condición del hombre. No necesitó espacios “exóticos” para decir su versión de la historia. Y fue, también, un viajero infatigable, pues recorrió con frecuencia Europa y el cercano Oriente. Nunca con la cámara como

objeto sustituto de los ojos y los sentidos, sino como otra manera de cotejar realidades y verificar su modo de estar en el mundo.

Por eso, también, en sus relaciones personales fue gozosamente amigable. Su fino sentido del humor y su amplia

y variada cultura lo hicieron presencia indispensable en la reunión de los lunes en diversas cantinas del ahora llamado Centro Histórico. Aquél le permitía bromear hasta de sus preferencias sexuales sin el mayor agobio; ésta la prodigaba sin exhibicionismo. Lo mismo recordaba a las cantantes mexicanas de los sesenta, como Angélica María, Mayté Gaos y Queta Garay, y películas que ahora nadie ve, como las de *El Águila Negra* y Mauricio Rosales, que se afanaba en demostrar que la referencia de *Los guerreros*, de Walter Hill, más que la *Iliada*, era una revitalización del mito de los hecatónquiros; o se reía hasta las lágrimas cuando citaba la traducción de *La tierra baldía*, particularmente la línea donde el traductor escribe “peras espinosas”, y se preguntaba: “¿este güey no conoce las tunas?” Asimismo, se enfrascaba en larguísimas conversaciones, imitando a Dolores del Río, con César Benítez, quien hacía la voz de María Félix. Y daba por hecho que Luis Arcaraz se había equivocado al dedicarle “Bonita” a María Elena Marqués.

Severino Salazar Muro nació en Tepetongo, Zacatecas, el 12 de junio de 1947. Estudió letras inglesas en la UNAM y daba clases de inglés en la sección de Lenguas Extranjeras del Departamento de Humanidades de la UAM Azcapotzalco. Su obra narrativa comprende títulos como *Donde deben estar las catedrales*, *El mundo es un lugar extraño*, *La arquera loca*, *Desiertos intactos*, *Tres noveletas de amor imposible*, *Pájaro, vuelve a tu jaula* y *El imperio de las flores*, en novela; y los volúmenes de cuentos *Las aguas derramadas*, *Cuentos de navidad*, *Los cuentos de Tepetongo* y *Mecanismos de luz y otras iluminaciones*. En 2003 Mondadori le contrató la publicación de su obra novelística. Una obra narrativa por demás valiosa. Con la solvencia y la honestidad de un escritor sin adjetivos, indaga, con el sustento vital, ético y de arquitectura conceptual mencionada líneas arriba, en los pasos del hombre sobre la tierra. Encuentra que el mundo sí es un lugar extraño, sobre todo porque no deja de suscitar preguntas; y porque el bien y el mal son espejos deformados que pueden dejar en el aire todas las preguntas; y porque la religión, la historia, la filosofía no dejan de ser parte del mito inacabable que, quizás, únicamente sea el último asidero ante el azoro de vivir el aquí y el ahora. Tal vez por eso las páginas de Severino Salazar tengan un ritmo peculiar. Se advierte un oído educado por sus lecturas de muchos poetas; pero también por su paciencia para escuchar al hombre de la calle, particularmente al de las calles de su terruño, quien con sus modulaciones y su acervo léxico ofrece posibilidades inauditas. Además, trabajaba sus textos hasta la extenuación. Tuve la oportunidad de conocer hasta tres versiones de algunas de sus novelas. El

Área de Literatura del Departamento de Humanidades de la UAM-A nos permitió establecer una especie de taller, en el que los comentarios de los participantes favorecieron la no pocas veces ardua fatiga de volver a pensar procedimientos y estructura. Obsesivo en la construcción de su narrativa, Severino Salazar hurgaba en archivos, entrevistaba gente, buscaba nuevas versiones de historias sabidas de memoria, leía —o releía— novelas y cuentos de otros autores que, muchas veces, apenas rozaban alguno de sus temas. Todo para que sus fabulaciones tuvieran ese otro sustento que señala a un escritor que no hace concesiones: verosimilitud.

Acaso la primera condición de un escritor sea la de tener qué contar. Valga la perogrullada. La segunda es saber contar. Más allá de modas y gustos de época, un escritor que se mantiene en el gusto de sus lectores y que consigue que éstos aumenten y se renueven nunca perderá vigencia. Creo que Severino Salazar soporta la prueba del muchas veces injusto paso de los años. Su conocimiento del ser humano, su capacidad para descubrirse en el espejo de los otros y su sentido autocrítico se unen con justeza a su vocación escritural. Repito: es uno de los narradores mexicanos más importantes de nuestro tiempo. La muerte, siempre prematura, lo arrebató de esta vida la madrugada del domingo 7 de agosto de este azaroso 2005. Un cáncer de próstata que se propagó casi venció una enorme capacidad de disfrutar la vida.

Sus amigos nos resistimos a considerarlo muerto. Nos oponemos a recordarlo en un féretro. Aunque sabemos que la vida nunca es justa, sí nos sentimos egoístas y quisiéramos verlo en nuestras reuniones cantineras y en el trabajo. Como sabemos que no es posible, lo recordamos en sus momentos de plena vitalidad, como cuando con otros amigos me acompañaba a darle serenata a mi mujer, con quien platicaba de películas mexicanas; o cuando, después de una comida en Las Gaoneras, cerca de la UAM, nos invitaba, a todos los asistentes, a su casa. Y nos invitaba parafraseando el poema de Alfredo Giles-Díaz que todos —hasta nuestros hijos pequeños— sabíamos de memoria: “Tenemos ron y unas cocas inmensas”.

Tenía razón nuestro querido Severino Salazar: casi siempre el mundo es un lugar extraño. •

Ciudad Nezahualcóyotl-UAM-A, verano de 2005

JOSÉ FRANCISCO CONDE ORTEGA es profesor-investigador de la UAM Azcapotzalco. Entre sus libros de poesía destacan *La sed del marinero que regresa* y *Los lobos viven del viento*.